

NUEVA LECTURA DE LAS BIENAVENTURANZAS

 El Almendro en

Biblioteca Herder

ALBERTO MAGGI

Nueva lectura de las Bienaventuranzas

Traducción y comentario de Mateo 5, 1-12

Herder

Este título ha sido publicado anteriormente por la editorial El Almendro
bajo el ISBN: 84-8005-033-0

Diseño de la cubierta: PURPLEPRINT creative

© 1995, Cittadella Editrice, Asís

© 2019, Herder Editorial, S.L., Barcelona

ISBN: 978-84-254-4239-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Imprenta: Servicepoint

Depósito legal: B-10.367-2019

Impreso en España – Printed in Spain

Herder

www.herdereditorial.com

*A cuantos
se reconozcan
en estas bienaventuranzas*

Agradecimiento

Mi más sincero agradecimiento a cuantos han contribuido moral y materialmente a la realización de las investigaciones necesarias para la redacción de este libro.

En especial, a Juan Mateos, el primero que me hizo descubrir y amar este texto del evangelio de Mateo; también a Fernando Camacho, cuyo estudio exegético y filológico sobre las bienaventuranzas, que trato de divulgar en este trabajo, ha abierto nuevas posibilidades de aproximación e interpretación al texto del sermón de la montaña.

Mi agradecimiento también a la Profesora Annalù Martignano y a Serenella Zanardi que, junto con Fray Ricardo Pérez, han colaborado generosamente a la culminación de esta obra.

CONTENIDO

Siglas bíblicas	11
<i>Una nueva experiencia de Dios a partir del pueblo pobre</i> , de Carlos Mesters	13
<i>Presentación</i> , de M. E. Boismard	19
<i>Las bienaventuranzas de Mateo</i> (Mt 5,1-12)	21
<i>Advertencia</i>	23
<i>Presentación teológica</i>	25
<i>El monte de las bienaventuranzas</i> (Mt 5,1)	33
<i>La enseñanza de Jesús</i> (Mt 5,2)	43
<i>Pobreza de espíritu o espíritu de pobreza</i> (Mt 5,3)	47
<i>Los afligidos no son dichosos</i> (Mt 5,4)	79
<i>La bienaventuranza de los desheredados</i> (Mt 5,5)	87
<i>El hambre de los justos</i> (Mt 5,6)	97
<i>La misericordia no es piedad</i> (Mt 5,7)	105
<i>La bienaventuranza de la transparencia</i> (Mt 5,8)	113
<i>Los pacíficos no construyen la paz</i> (Mt 5,9)	125
<i>Pobres y perseguidos</i> (Mt 5,10)	137
<i>Profecía y persecución</i> (Mt 5,11-12)	145

<i>El discípulo profeta</i> (Mt 23,24)	153
<i>La cruz</i>	157
<i>Síntesis</i>	167
Ficha técnica	169
Bibliografía	183

SIGLAS BÍBLICAS

Abd	Abdías	Is	Isaías
Ag	Ageo	Jds	Judas
Am	Amós	Jdt	Judit
Ap	Apocalipsis	Jl	Joel
Bar	Baruc	Jn	Juan
Cant	Cantar de los Cantares	1 Jn	1.ª Juan
Col	Colosenses	2 Jn	2.ª Juan
1 Cor	1.ª Corintos	3 Jn	3.ª Juan
2 Cor	2.ª Corintos	Job	Job
1 Cr	1.º Crónicas	Jos	Josué
2 Cr	2.º Crónicas	Jr	Jeremías
Dn	Daniel	Jue	Jueces
Dt	Deuteronomio	Lam	Lamentaciones
Ecl	Eclesiastés	Lc	Lucas
Eclo	Eclesiástico	Lv	Levítico
Ef	Efesios	1 Mac	1.º Macabeos
Esd	Esdras	2 Mac	2.º Macabeos
Est	Ester	Mal	Malaquías
Éx	Éxodo	Mc	Marcos
Ez	Ezequiel	Miq	Miqueas
Flm	Filemón	Mt	Mateo
Flp	Filipenses	Nah	Nahún
Gál	Gálatas	Neh	Nehemías
Gn	Génesis	Nm	Números
Hab	Habacuc	Os	Oseas
Hch	Hechos	1 Pe	1.ª Pedro
Heb	Hebreos	2 Pe	2.ª Pedro

Prov	Proverbios	2 Sm	2.º Samuel
1 Re	1.º Reyes	Sof	Sofonías
2 Re	2.º Reyes	1 Tes	1.ª Tesalonicenses
Rom	Romanos	2 Tes	2.ª Tesalonicenses
Rut	Rut	1 Tim	1.ª Timoteo
Sab	Sabiduría	2 Tim	2.ª Timoteo
Sal	Salmos	Tit	Tito
Sant	Santiago	Tob	Tobías
1 Sm	1.º Samuel	Zac	Zacarías

UNA NUEVA EXPERIENCIA DE DIOS A PARTIR DEL PUEBLO POBRE

Carlos Mesters

«Al ver Jesús las multitudes subió al monte, se sentó y se le acercaron sus discípulos. Él tomó la palabra y se puso a enseñarles así: *Dichosos los que eligen ser pobres, porque éstos tienen a Dios por rey*»

. Angra dos Reis. Navidad.

Querido Alberto:

Mientras estaba leyendo tu trabajo tan profundo sobre las bienaventuranzas, he tenido un sueño. Un sueño muy hermoso y significativo que quiero contarte, pues muestra el efecto que tu libro ha producido en mí. No te extrañes, porque en los sueños todo es posible: el tiempo y el espacio se funden entre sí.

Era la Navidad del año pasado. Nosotros dos estudiábamos en la *École Biblique* de Jerusalén. Un día decidimos ir de peregrinación al Monte de las bienaventuranzas. Tomamos un autobús hasta Tiberíades. De allí seguimos a pie. Mientras paseábamos junto al lago, tú me hablabas del libro que estabas escribiendo. De pronto la carretera se fue transformando bajo nuestros pies. Todo empezaba a cambiar de aspecto. No había asfalto. Era un antiguo camino, polvoriento. No tenía ya edificios, ni albergues de lujo, ni establecimientos balnearios. Todo era muy pobre. Se veían solamente pequeñas barcas de pescadores a lo largo de la playa. Había mucha gente que caminaba

con nosotros en la misma dirección. Y sin que ninguno nos hubiese dicho nada, sabíamos los dos lo que estaba sucediendo. Jesús se disponía a pronunciar un discurso sobre aquel monte, en la extremidad del lago de Galilea. Se decía que haría una declaración muy importante para la gente de su tierra.

Mientras caminábamos, sentíamos formar parte de aquella multitud de personas que, todavía hoy, caminan, suben y se juntan en torno a Jesús para escuchar su mensaje. Llegamos a los pies del monte. Jesús estaba ya en lo alto. Llamaba a la gente para que se acercase. ¡Había muchas personas! ¡Todos pobres: hombres, mujeres y mucho niños! También muchos enfermos. Un nutrido grupo de discípulos y discípulas siguió la invitación de Jesús y comenzó a subir al monte. En ese momento me dijiste volviéndote hacia mí: «Subamos con ellos para acercarnos más a Jesús». Fue en aquel instante cuando, desde arriba, Jesús comenzó a decir con voz resuelta y acompasada:

«Dichosos los que eligen ser pobres, porque éstos tienen a Dios por rey. Dichosos los que sufren, porque éstos van a recibir el consuelo. Dichosos los sometidos, porque éstos van a heredar la tierra. Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia, porque éstos van a ser saciados. Dichosos los que prestan ayuda, porque éstos van a recibir ayuda. Dichosos los limpios de corazón, porque éstos van a ver a Dios. Dichosos los que trabajan por la paz, porque a éstos los va a llamar Dios hijos suyos. Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad, porque éstos tienen a Dios por rey».

Yo oía con gusto las palabras de Jesús. Palabras ya bien conocidas. Su voz venía de lejos, de lo alto de la colina. Al mismo tiempo te oía, Alberto, muy cerca de mí, a mi lado, explicando y traduciendo las palabras de Jesús, haciéndolas penetrar en mi vida. Me veía obligado a escuchar a los dos al mismo tiempo: ¡a ti y a Jesús!. No fue fácil: o se oye a uno o se oye al otro. ¡Dos al mismo tiempo no es posible! Sobre todo cuando los dos dicen cosas diferentes. Parecía que Jesús dijese una cosa y que tú interpretases otra. Tus palabras, Alberto, me impedían oír lo que Jesús decía. Hice un gran esfuerzo. Y me preguntaba:

«¿Quién dice la verdad: Alberto o Jesús? En aquel momento, para mí, está claro, era Jesús el que llevaba razón. Equivocada podía ser solamente tu interpretación. Me dieron ganas de decir: «¡Por favor, Alberto, cierra la boca! Déjame oír a Jesús».

Pero de golpe se me ocurrió la pregunta: «¿Qué Jesús?» De hecho aquella que yo imaginaba estar oyendo por primera vez, directamente de la boca de Jesús, era también una interpretación, una interpretación muy antigua, que había crecido conmigo. Había sido asimilada en mi interior como propia de Jesús, hasta el punto de parecer identificarse con Jesús mismo. En aquel momento me di cuenta de que dentro de mí había dos interpretaciones en lucha entre ellas, que aturdían mi cabeza y mis sentimientos: una ya bien conocida, que me satisfacía y me acompañaba desde la juventud, confirmada luego y mejorada por los estudios que había hecho en el transcurso de mi vida; la otra, nueva y diferente, que no conocía y que me perturbaba. Había oído hablar de ella, pero no me había producido gran impresión.

Y me preguntaba: «¿Cómo explicar esta diferencia de interpretación? ¿Las palabras de Jesús no han sido siempre las mismas?». Por el camino, mientras volvíamos de Tiberíades, tú me habías dicho: «¡Lo que estoy haciendo es un trabajo verdaderamente científico! Y yo te había respondido: «Pero lo que yo estudié hace tiempo era también un trabajo científico». Y recordaba los libros serios que había leído. Y, sin embargo, el sentido que tales libros descubrían en las palabras de Jesús era diferente del sentido que tú le sacabas, mientras subíamos al Monte de las Bienaventuranzas en medio del pueblo y de los discípulos.

Para ayudarme, te sacaste del bolsillo una foto y preguntaste: «¿Conoces esta iglesia?». La observé atentamente y después dije: «Sí y no. Parece la iglesia parroquial del lugar donde nació». Tu asentiste: «¡Ciertamente! ¡Lo has adivinado!». Pero yo te razoné a continuación: «Parece, pero no lo es». Conozco muy bien nuestra iglesia parroquial. Pero esta foto es diferente. El campanario es más esbelto y más alto. La nave es más ancha

y más corta. Además no veo la plaza delante de la fachada». Y concluí: «Alberto, pienso que te equivocas. ¡Es la foto de otra iglesia. Una que se le parece! Entonces tú, sonriendo, me transportaste al pueblecillo donde había nacido, sobre un montículo detrás de la iglesia, y dijiste: ¡Observa desde aquí tu iglesia!». ¡La miré, y era verdad! Desde aquel lugar, desde lo alto del montículo, la iglesia parecía tener un aspecto diferente, que yo no conocía y que era justo aquel que tu me habías mostrado en la foto. El campanario era más esbelto y más alto, la nave más ancha y más corta. Y no se podía ver nada de la plaza que había delante de la fachada. Me di por vencido y dije: ¡“Tienes razón, Alberto”! El hecho es que, habiendo pasado tantas veces junto a aquella colina, no había observado nunca la iglesia desde aquel ángulo de vista». Era una perspectiva que escapaba a mi observación. Hasta aquel momento había siempre mirado la iglesia desde el paseo espacioso que llevaba a la fachada.

Tomé entonces conciencia de cómo es importante el *lugar* desde donde se observa el texto bíblico y se oyen las palabras de Jesús. Hasta entonces había leído y oído las bienaventuranzas desde el amplio paseo de enfrente. Por eso tenía ya en la cabeza todo un marco interpretativo y sostenía que tus palabras, Alberto, eran diferentes, equivocadas. Tú mirabas las bienaventuranzas desde el montículo de difícil acceso, que ofrece indudablemente un ángulo de visión más objetivo. Yo creía saberlo todo. Creía saber quiénes era los «pobres de espíritu, los sometidos, los afligidos, aquellos que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los constructores de la paz, los perseguidos por causa del Reino». Todas estas categorías tenían ya para mí un significado seguro, definido una vez por todas. Tú, sin embargo, me decías: «¡Si quieres realmente saber quiénes son los pobres de espíritu, los sometidos, los afligidos, aquellos que tienen hambre y sed de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los constructores de la paz, los perseguidos por causa del Reino, entonces debes observarlo desde otro ángulo de visión. Mira bien a esta gente que sube al monte con nosotros para acercarse a Je-

sús. No oigas lo que yo digo. Oye primero su modo de hablar, después, a partir de ahí, trata de escuchar las palabras de Jesús! Seguí tu consejo, y el sentido de aquellas palabras resultó ser otro. Comencé a ver en las bienaventuranzas una dimensión que ignoraba. Me resultaron diferentes: más amplias y más estrechas. Más amplias para aquellos que antes no podían entrar en ellas. Más estrechas para aquellos que pensaban tener ya garantizado el ingreso en el Reino.

¿Quién está en lo cierto? ¿Qué es un trabajo científico? ¿Cuál es la interpretación justa? Interpretar es mucho más que traducir el sentido de las palabras. Una interpretación es bastante más que un razonamiento bien hecho. Las palabras de Jesús nacieron de la nueva experiencia que él tuvo de Dios como Padre, viviendo treinta años la vida de obrero en Nazaret y conviviendo después con los pobres y los excluidos durante los tres años de su vida misionera en Galilea. Interpretar y redescubrir o encontrar este sentido de las palabras a partir de una nueva experiencia de Dios, de la vida y del Evangelio, a partir de un nuevo lugar social donde viven los pobres y los excluidos.

He aquí un ejemplo. La interpretación que Francisco de Asís dio del evangelio no fue ni un razonamiento ni una traducción bien hechos. La experiencia de Dios, de la vida, del Evangelio tomó forma concreta en la persona de Francisco después de haber comenzado él a vivir con los pobres, los «menores». ¡Sobrevino entonces una explosión de sentido! ¡Una explosión en cadena, que repercutió en los ritos de la liturgia, en la traducción de la exégesis, en los razonamientos de la teología, en las normas de la moral en las leyes del derecho! La experiencia de Francisco produjo un nuevo ambiente de fe, un nuevo marco de referencia, una nueva organización de vida que continúa todavía hoy. De ella sobrevive, sin embargo, el resultado, no la fuente. Hemos sabido mantener aquello que Francisco creó, pero no hemos conseguido todavía engendrar en nosotros la nueva vida brotada en él. Hemos cuidado muy bien los hilos y el tendido eléctrico, pero aún no hemos sido capaces de renovar en nosotros la fuente de energía.

La interpretación que yo tenía en la cabeza y que escuchaba en las palabras de Jesús, mientras subía contigo al monte de las Bienaventuranzas, provenía de esta explosión de sentido de hace ocho siglos. Sobrevive en mí como una estrella que se ha apagado ya, pero cuya luz está todavía llegando a nosotros. Una luz que brilla bella, agradable, confortante, pero no existe ya su fuente. Una luz sin futuro. No obstante esto, aquella quería imponerse. ¡Era aquella y no tú, Alberto, la que me impedía escuchar a Jesús! ¡Quería que te cerrase la boca! Gracias a Dios, no obedecí.

Han cambiado los tiempos. Los pobres son ahora más de los dos tercios de la humanidad. Y la Europa cristiana, la gran culpable, todavía no se ha dado cuenta. Sin embargo se está difundiendo ya por el mundo el comienzo de una nueva experiencia de Dios, de la vida, del Evangelio, a partir del pueblo pobre que sube al Monte de las Bienaventuranzas para acercarse a Jesús. Interpretar quiere decir unir las palabras del evangelio a esta experiencia, a esta nueva fuente de energía, para que las Bienaventuranzas se iluminen así desde dentro. Lo que tú me decías junto al camino del lago era —así me parecía— un primer efecto de la nueva explosión de sentido que está hoy teniendo lugar en medio de los pobres. ¡Muchas gracias!

Éste, Alberto, fue el sueño. Me pareció hermoso. ¡Fruto de tu libro en mi vida! He pensado: lo contaré a Alberto. Le agradecerá. Dios te lo premie.

CARLOS MESTERS

PRESENTACIÓN

De M. E. Boismard

El libro de Alberto Maggi sobre las bienaventuranzas (Mt 5,3-11) es valiente y actual. ¿Cómo comprender las bienaventuranzas que Jesús había proclamado al comienzo de su ministerio público y que Mateo nos presenta como un programa en síntesis que Cristo habría propuesto a los que aceptan hacerse discípulos suyos y seguir su enseñanza conformando su propia vida? ¿En qué sentido proclama Jesús «dichosos» los pobres, los afligidos, los sometidos...? ¿Es porque ellos entrarán en el reino de los cielos, en un mundo supraterráneo, en el que los valores humanos serán vueltos del revés? ¿Deberán en consecuencia los hombres resignarse en la tierra a la espera de un mundo ideal, en los cielos, donde no habrá ya injusticia? ¿Es el cristianismo realmente «el opio del pueblo», que calma el sufrimiento presente, induciendo a aceptar la injusticia de este mundo, con la esperanza de un mundo mejor en el más allá? Alberto Maggi no lo cree. La enseñanza de las bienaventuranzas tiene un alcance diferente: pretende mejorar más bien la condición humana en la vida presente. En este sentido se entiende, por ejemplo, la primera bienaventuranza. Cuando Cristo proclama «dichosos» los pobres, no pretende conferir dignidad a la pobreza, sino, al contrario, abolirla en cuanto sea posible. En efecto, los pobres de espíritu (gr. *tô pneumatî*) no son los humillados de la vida, ni siquiera aquellos que tienen un «espíritu de pobreza», sino aquellos que se han hecho pobres

en virtud de una elección voluntaria, que se han despojado de sus riquezas, no por ascetismo, sino para darlas a los pobres y así disminuir su pobreza y, en general, la de nuestro mundo. Por tanto la pobreza no es para Cristo un bien o un ideal; al contrario, es un mal que hay que eliminar de la tierra, y que debería, al menos, atenuarse, si los hombres fuesen fieles a la enseñanza de Jesús.

Esta interpretación de las Bienaventuranzas no es una invención de Alberto Maggi; otros autores la han propuesto antes que él. Pero él ha conseguido darle un sólido fundamento gracias a su trabajo tenaz. Cada palabra del texto evangélico es atentamente examinada, analizada con todos los recursos de la semántica, confrontada con el uso que se hace de ella en el Antiguo Testamento, resituada en otros contextos cercanos, que se pueden leer en el mismo evangelio de Mateo o en otros escritos del Nuevo Testamento. Numerosas notas a pie de página muestran que nuestro autor ha leído mucho y ha reflexionado ponderadamente antes de adoptar o de descartar una u otra interpretación propuesta por muchos comentaristas del texto de Mateo. Frecuentemente, además, él nos informa de que determinada postura adoptada por él había sido ya mantenida por la antigua tradición patristica. En síntesis, este estudio sobre las bienaventuranzas es el trabajo de un especialista, muy bien documentado, que ha utilizado todos los recursos de la crítica moderna, expresado en un lenguaje relativamente sencillo, accesible a personas cultas, pero no expertas en estudios bíblicos.

Como profesor de la *École Biblique* de Jerusalén, he podido seguir la elaboración de esta obra y puedo testimoniar el entusiasmo con el que está pensada y escrita. Estoy, por esto, contento del honor que Alberto Maggi me ha hecho al pedirme que la presente a los lectores.

M. E. BOISMARD

LAS BIENAVENTURANZAS DE MATEO (Mt 5,1-12)

¹*Al ver Jesús las multitudes subió al monte, se sentó y se le acercaron sus discípulos.*

²*Él tomó la palabra y se puso a enseñarles así:*

³*Dichosos los que eligen ser pobres, porque éstos tienen a Dios por Rey.*

⁴*Dichosos los que sufren, porque éstos van a recibir el consuelo.*

⁵*Dichosos los sometidos, porque éstos van a heredar la tierra.*

⁶*Dichosos los que tienen hambre y sed de esa justicia, porque éstos van a ser saciados.*

⁷*Dichosos los que prestan ayuda, porque éstos van a recibir ayuda.*

⁸*Dichosos los limpios de corazón, porque éstos van a ver a Dios.*

⁹*Dichosos los que trabajan por la paz, porque a éstos los va a llamar Dios hijos suyos.*

¹⁰*Dichosos los que viven perseguidos por su fidelidad, porque éstos tienen a Dios por rey.*

¹¹*Dichosos vosotros cuando os insulten, os persigan y os calumnien de cualquier modo por causa mía.*

¹²*Estad alegres y contentos, que grande es la recompensa que Dios os da; porque lo mismo persiguieron a los profetas que os han precedido.*